

### II. EL ARTÍCULO COMO SUCEDÁNEO<sup>1</sup>

Esta es la razón de que en España existan brillantes redactores con una pluma como no se encuentra en otros países del mundo. Por la misma razón hay pocos periodistas en el estricto uso de la palabra, es decir, gente a la que *le* interese sobre todo dejar hablar al entrevistado; al creerse más creadores que mero espejo de la personalidad ajena, lo que presentan son, primero, sus propias opiniones y luego, en segundo plano, las del personaje a quien el director les ha mandado interrogar, alguien que en su fuero interno consideran mucho menos importante que ellos mismos.

Así se publican unas entrevistas que, más o menos, suenan así:

—Señor Fulano: ¿qué opina usted de las relaciones entre el escritor y su obra? ¿No cree usted que la segunda realmente oprime al primero en muchos casos? Y si ello es cierto..., ¿hasta qué punto ello es justo?

—Bueno —empieza el interrogado—, yo creo que el autor está unido a su propia obra y...

—De eso no hay duda. Pero ¿en qué forma? ¿Umbilical? Es decir, ¿de madre a hijo? ¿Como una cópula, o sea, como si se tratara de dos amantes? ¿De posesión física, como un propietario trataría una joya?

—Algunas de esas posibilidades pueden darse, evidentemente. Depende...

—Depende del clima en que se desarrolla la unión, claro. Y de la forma en que se desarrolla la afinidad antes señalada. Por otra parte, y pasando a otro tema relacionado con ello, ¿hasta qué punto su nacionalidad ha influido en su trabajo? ¿Ha sido importante haber nacido en un país sudamericano? ¿O cree usted en la universalidad del autor proceda de donde proceda?

Así sucesivamente. Cuando el lector se enfrenta con la entrevista se da cuenta que la mayor parte del espacio lo ocupan las preguntas y es mínimo el de las respuestas, aunque el título ponga énfasis en que se trata de las opiniones de Fulano o Mengano; en realidad, sólo ha hablado el que en principio debía quedarse en la sombra para hacer resaltar mejor la figura del forastero. Pero, ¡bueno!, ¿iba a quedarse el alevín de escritor con todas las cosas importantes que tiene dentro y dejar hablar a ese ignorante?

Sí, el periódico es el medio idóneo para el español que empieza a escribir para darse a conocer. Y en el periódico, tras las entrevistas señaladas, el artículo. Un artículo muchas veces magnífico. Recuerdo que el buen periodista que fue Manuel Aznar me decía, hace muchos años, que los diarios representan en España el papel que en otros lugares tienen las revistas literarias, aquí prácticamente inexistentes. Y es cierto.

En la bibliografía cervantina, por ejemplo, se encuentran referencias al *Quijote* en eruditos artículos publicados en *ABC*, *La Vanguardia*, en *Ya* o *El País*, y no me refiero a los suplementos literarios, sino a las páginas habituales del periódico. Esos artículos especializados, que no se encuentran en el *New York Times*, por ejemplo, ni siquiera en el culto *Le Monde*, son la muestra de este cometido de «puente cultural» que ejerce la prensa, ya que el autor no tiene ocasión de dar a conocer sus ideas en otro espacio inexistente en el país. Insisto; resultaría difícil encontrar en la bibliografía de Shakespeare un trabajo importante sobre alguna de sus facetas publicado en *Daily Mirror*. Aquí, en el caso de Lope, es necesario tener en cuenta la contribución de un especialista que salió en la «tercera» de *ABC*.

Esa circunstancia da al artículo periodístico en España una importancia que no tiene en otros países. Por ello el escritor novel aspira a «colocar» uno en el periódico de sus preferencias; si se trata de presentarse al gran público, de comunicarse con él, ¿qué mejor medio de hacerlo que con un órgano que llega simultáneamente a manos de doscientas mil personas?

El escritor que nace intenta, pues, publicar su artículo; y ver por vez primera —ilusión lógica— su nombre impreso al pie. ¿Y qué es un artículo? El intento de expresar, en un espacio que oscila entre dos y cuatro folios, un pensamiento, una opinión, una teoría. Tras haber publicado varios miles de ellos a lo largo de mi vida, intentaré advertir de los escollos que esa intención va a encontrar en la realidad, escollos con los que inevitablemente se tropieza al inicio de una carrera publicista... Y, a veces, mucho después.

Por ejemplo, la adecuada extensión. Es curioso que lo que resulta una típica dificultad verbal

<sup>1</sup> Texto tomado con fines docentes para ser utilizado en el curso "Memoria, Identidad, Patrimonio" del bachillerato U. de Chile, en enero de 2011.

casi nunca lo es en la escritura. La típica frase «no sé cómo empezar a decírtelo» no ocurre casi nunca al iniciar un artículo. Uno se lanza con ansia y rápidamente sobre el tema.

...Y lo que resulta más difícil es terminarlo. Al parecer, el saber cuándo hay que dar por acabado un texto no está al alcance del principiante, que insiste larga y reiteradamente en la proclamación de sus ideas; de ello saben mucho los directores de periódico que, por una vez que dicen al colaborador: «alargúelo», advierten cien: «córtelo». No se trata sólo del problema de espacio en la página, sino de la paciencia del posible lector. Curiosamente, en ese aspecto la experiencia actúa de forma contradictoria con la vanidad. Cuanto más famoso es el escritor, más se da cuenta de que no hay que cansar al que le lee con aseveraciones repetidas, gratuitas y, por tanto, inútiles.

En cuanto el pensamiento del autor haya quedado claro, es no sólo ocioso, sino perjudicial, seguir probándolo con más argumentos. Y en la duda siempre es mejor dejar el artículo demasiado corto que excesivamente largo. (Lo que vale también para las conferencias. Siempre he apreciado más que los auditores me digan: «¡Ha sido muy breve!», que cuando afirman: «Muy documentado, muy erudito», equivalente al «me he aburrido».) «En el periodismo aprendí algo muy importante... hay que decir lo más posible con el menor número posible de palabras» (M. Delibes, *ABC*, 27 de junio de 1987).

El artículo, hemos dicho antes, va a manos de decenas de miles de personas, entre las que hay, lógicamente, toda clase de estadios culturales. Por ello, con la excepción de aquellos eruditos mencionados antes, que utilizan esas páginas porque no tienen otras en las que revelar sus descubrimientos, el autor debe de ser sobre todo claro, lo que no quiere decir que sea populachero. Todo texto impreso constituye en cierto modo una lección porque se supone que, al serle concedido aquel espacio, es porque tiene algo que contar que otros ignoran. El escritor, al mismo tiempo que enseña, debe dar ejemplo con el léxico que utiliza. Y aunque su conocimiento del lenguaje sea más amplio, su objetivo debe ser que puedan leerlo los más, aunque se impresionen los menos. «El estilo —decía Eugenio d'Ors— es como las uñas. Es más fácil tenerlo brillante que limpio.» Se me ocurren tres ejemplos del pasado en cuanto a esa claridad aliada y no reñida con la elegancia de un estilo. Antonio Machado, el doctor G. Marañón, Ortega y Gasset. Los tres supieron decir cosas muy elevadas usando palabras simples... Pero, ahí está el «quid», no del arroyo. No descendieron nunca a hablar como el bajo pueblo para ser más populares, pero tampoco elevaron el tono sólo para deslumbrar a los puristas del lenguaje.

El artículo está ya definido. Corto, limpio, claro. El escritor novel lo ha visto publicado y no cabe en sí de gozo. En el Metro o autobús, mira de reojo a quien abre el periódico y se detiene —a veces, desdichadamente, muy poco— en su contenido, se alegra cuando los amigos le llaman: «Muy bueno lo tuyo», o, ¿por qué no?, «me interesó, pero no estoy totalmente de acuerdo». Durante unos días se baña dulcemente en las aguas de la popularidad.

Es la parte positiva del artículo; la explosión del nombre y de unas ideas en pocas horas. Un castillo de fuegos artificiales...

...Y que, como él, brilla fugazmente. Esa fama es la que engaña a muchos escritores en España, sin darse cuenta que no resiste el paso del tiempo; de la misma forma que el papel de periódico se autodestruye antes que el resguardado por las tapas del libro, éste permanece mucho más que el recuerdo del artículo. Si hoy cito el nombre de Murlane Michelena o de Jacinto Miquelarena la mayor parte de los españoles cultos no sabrán a quién me refiero y, sin embargo, en los cuarenta sus trabajos eran comentados por toda España. Otros que gracias a sus volúmenes han superado el paso del tiempo, como Agustín de Foxá y José María Pemán, son recordados más por su personalidad política y poética y las anécdotas de su vida que por aquellos artículos tan ávidamente leídos y comentados en su tiempo y, a menudo, por circunstancias extraliterarias, es decir, políticas. Irónicamente Foxá, sutilmente Pemán, deslizaban en sus trabajos críticas del régimen apreciadas doblemente por los lectores que creían descubrir en cada frase (a veces erróneamente) una alusión maligna al general Franco y a su estilo de gobernar.

El artículo es, pues, género tan satisfactorio para el «ego» del escritor como precedero para su fama y el posible remedio de prolongar su impacto juntándolo con los otros para formar luego un volumen es inútil; cualquier parecido de una colección de artículos varios con un libro no tiene más coincidencia que la del formato. El libro, incluso el compuesto por una serie de ensayos, requiere *una unidad*, tiene que haberse previsto como una serie de variaciones con el mismo tema melódico. Juntar varios estudios sobre temas dispares no constituye un volumen y la gente lo detecta en seguida. A sus expensas lo supo en una ocasión J. M. Pemán, que, insisto, era el más leído de los autores españoles en los años cuarenta, cincuenta y sesenta cuando publicó sus *Cien mejores artículos* en un volumen. Los miles de españoles que se llamaban por teléfono por la mañana con la apertura: «¿Has leído lo de Pemán?» se abstuvieron de adquirir algo que no tenía ni el valor de la sorpresa —ya experimentada en su día— ni la categoría del texto.

Hay una excepción a esa regla pero en realidad no lo es más que en apariencia. Ortega y Gasset, Unamuno ayer, Julián Marías, Paco Umbral hoy entre otros, publican a veces artículos pensados *de antemano* como capítulos de su próximo libro; en ese caso no se trata luego de reunir dispersos, sino de ensamblar en un volumen lo que previamente se había ordenado en la mente.

A sabiendas, pues, del carácter de impacto y de limitación del artículo, el escritor en ciernes debe de abordarlo (si va a su estilo, claro), porque es un magnífico aprendizaje de concreción de asunto y de utilización del lenguaje. Averiguará asombrado lo mucho que un texto puede reducirse cuando la autoridad (el redactor jefe) así lo exige, de cómo puede decirse con diez palabras lo que él creía que necesitaba al menos cien. De Stendhal se comentaba que leía todos los días el código civil de su país, Francia, para acostumbrarse al lenguaje concreto y ceñido a los hechos, evitando palabrería inútil. Algo así acontece al escritor cuando tiene que ajustarse obligatoriamente a un espacio determinado; últimamente incluso ese espacio se le manda en forma de rectángulo con el número de líneas rigurosamente marcadas y donde no ya el número de líneas está fijado de antemano, sino también las letras de cada una. Yo recomendaría al escritor joven que pidiese a cualquier amigo que trabaje en un periódico que le proporcionase algunas de esas falsillas para practicar con ellas; se asombraría al ver cómo sí cabe en ese menudo espacio todo lo que tiene intención de decir.

Y a propósito de esas intenciones... Publicar un artículo es muestra evidente de una cierta soberbia porque presupone creerse capaz de un conocimiento superior al de los posibles lectores, conocimiento que se intenta impartir con el trabajo impreso. Pero esa subordinación del lector está admitida *sólo* en principio; quiero decir que tiene que probarse a lo largo del texto sin por ello humillar al recipiendario del mensaje que reacciona —al menos en España— violentamente cuando se siente despreciado. Si alguien cree que se trata de un complejo... es muy fácil que lleve razón.

Lope de Vega habló de «la cólera del español sentado» y yo mismo he recordado en mi libro sobre nuestros pecados capitales la irritación del auditor o lector por el simple hecho de desempeñar un papel pasivo cuando su vanidad le acucia a desempeñar uno activo. De ahí la alegría que le entra cuando descubre en el texto que está leyendo un error, error que se apresura a delatar en una carta sar-cástica dirigida al autor del desafuero o al director del periódico en que ha aparecido la equivocación. Es su momento de gloria; se ha colocado por encima del que le miraba desde la cátedra.

Esa reacción surge siempre por un descuido del autor. Un autor inglés célebre dio este último consejo a los discípulos que se lo pedían junto a su lecho de muerte: «check your references», revisa tus citas, no te fíes de la memoria cuando quieras mencionar lo que dijo alguien. Tenía toda la razón del mundo. De mí puedo decir que he recibido justificados palmetazos de mis lectores cuando mi pereza impidió a mi sentido del deber que acudiese al diccionario o enciclopedia para comprobar la frase o definición que «me sonaban».

Aparte de esa vidriosidad general hispánica, casi biológica de tan extendida, hay muchas maneras de ofender al lector y una muy típica del joven escritor es limitar el saber del mundo a su propio saber. Así puede leerse a menudo «No hay nada escrito sobre el estilo literario de Fulano» o «Se ha ignorado el aniversario de Mengano», provocando un alud de cartas con bibliografía exhaustiva sobre el tema. Igualmente ofensivo para la susceptibilidad intelectual ajena es suponer al lector ignorante de hechos históricos o literarios en los que se basa el artículo. Por ello, el método más cómodo y que le deja a uno a salvo es iniciar el tema con un «como es sabido, la guerra de Troya ocurrió...»; «todos conocemos las consecuencias europeas de la crisis económica del 29 en USA», para después, sólo después, aportar nuestra particular deducción.

El artículo, pues, pide: *a)* brevedad, *b)* información nueva excusándose por darla, *c)* punto de vista más o menos original. Sólo así nos perdonará el español medio el tiempo que le hemos «robado» leyéndolo.